



**Cuaderno  
de bitácora**

# La mirada del hombre oscuro

de Ignacio del Moral

## Repreguntas

¿De donde surgen las obras?

¿En qué oscuro y probablemente viscoso rincón de nuestro cerebro empieza a formarse ese pequeño tumor que nos va incordiando, que reclama con creciente insistencia nuestra atención; que se muestra por otro lado esquivo y reacio a manifestarse explícitamente hasta que no tenemos más remedio que cercarlo, reducirlo y, finalmente, darle salida? ¿Qué lo produce?

A menudo se habla de la obra artística o literaria como de un intento de respuesta ante determinado aspecto de la realidad que nos produce una inquietud. Algo de eso debe haber, desde luego, entendiendo realidad en su sentido más amplio, es decir, abarcando en el término los fenómenos que se desarrollan en nuestro interior: Muchas veces, el detonante de tal o cual obra o texto es una idea, una inquietud, un desamparo, una rabia no referida explícitamente por un hecho externo.

Sin embargo, desde hace un cierto tiempo, he desechado el término "respuesta", y lo he sustituido por el más judicial, y por lo tanto frío y desalentador, pero también más cargado de ironía y perplejidad que es el de "repregunta".

Supongo que, quien más quien menos, todos hemos tenido alguna experiencia en juicios. Yo me había visto privado de tan discutible placer hasta hace poco tiempo, en que me vi citado como testigo en un caso de tráfico. Desde un punto de vista teatral, la experiencia fue decepcionante: no había estrados, togas, ni tribunal; ni siquiera había una sala de juicios propiamente dicha, sino una mesa y una aburrida funcionaria que estaba allí y que luego supe era la juez.

Pero aprendí un concepto que me chocó pero que me resultó muy interesante: el de las repreguntas. El propio nombre tiene algo de risible, y más cuando me vi sometido a este juego: por si alguno de ustedes no está familiarizado con el asunto, resulta que el abogado que te convoca, te hace una serie de preguntas que tú conoces de antemano y que van dirigidas a canalizar tu testimonio en la dirección más favorable a su representado. Y no te pregunta: "¿Estaba usted allí?". "¿Qué vio?" Sino: "Diga ser cierto que usted estaba el día tal en tal lugar" no habiendo más respuesta que "sí" o "no".

Y luego llega la otra parte, el otro abogado, que dice: "Diga ser más cierto... lo contrario", tratando de pillarte

en alguna contradicción. Son las preguntas: "Diga ser cierto", "diga ser más cierto".

Pues bien, yo creo que al escritor, al artista, tal vez al investigador, la realidad le planta las preguntas de esa manera: diga ser cierto... Y hasta aquí somos espectadores: la realidad nos interpela. Sólo que nosotros hacemos a nuestra vez preguntas que planteamos a nuestros coetáneos, nuestro público.

Todo lo que sucede ante nuestros ojos está diciendo: "Diga ser cierto...", es decir, "acepte como cierto lo que ve, lo que oye". Lo cual sería más o menos aceptable (las cosas son lo que son, al fin y al cabo) si no fuera porque no oímos ni vemos directamente, sino a través de medios, intérpretes, relatos, fuentes indirectas que alargan nuestra capacidad de percepción hasta distancias y tiempos mucho más allá de nuestro radio individual de movimiento... pero que por su propia naturaleza dirigen nuestra percepción y, junto a nuestros prejuicios, educación, miedos..., la condicionan. Entonces, el escritor, el artista o el investigador plantean una pregunta, no en los términos igualmente avasalladores del abogado de la parte contraria ("diga ser más cierto"), sino que plantean un simple "¿y si las cosas fueran de otra manera?".

*La mirada del hombre oscuro* es, por tanto una repregunta cuyo tumor original es provocado no por una serie de estímulos que poco a poco van produciendo una reacción, sino de forma rápida y contundente ante la visión de una fotografía de prensa, hace ya unos años, en el verano de 1991, creo recordar, cuando el fenómeno de las pateras cargadas de inmigrantes empezó a llamar nuestra atención.

Había un cadáver en la playa. Un rostro moreno, unos dientes muy blancos, unos ojos entreabiertos. Y un pie de foto, en que se hablaba del compañero del difunto, que se suponía había sobrevivido y a quien la Guardia Civil buscaba.

Era fácil sentirse provocado por la historia.

Cuando repaso mis obras, veo que en ellas hay un tema que se repite con frecuencia, que es del naufrago. Desde el que fue mi segundo texto, *Soledad y ensueño de Robinson Crusoe*, hasta precisamente *La mirada del hombre oscuro*, varias de mis obras tratan del tema, a veces de forma literal, a veces no tanto, del personaje que, por diversas razones, arriba a una playa, real o metafórica, donde hay otros naufragos que han llegado antes que él; del encuentro surgen los conflictos.



El personaje de *La mirada* es un Robinsón Crusoe al revés: el prepotente inglés de la novela de Defoe llega, tras el naufragio de su barco negrero (tal vez no fuera un barco negrero, pero el tráfico de esclavos es una de las actividades comerciales que, en algún momento de su vida, realiza Crusoe), a una isla donde considera que debe imponer unos códigos que está convencido de que son superiores: unas formas de conducta que observa escrupulosamente aunque no haya testigos ni autoridad que se lo impongan. Y cuando al fin encuentra a un nativo, da por hechas varias cosas asombrosas:

- a) que debe ser su criado;
- b) que debe aprender inglés, no pasándosele por la cabeza en ningún momento aprender a chapurrear el idioma del otro;
- c) que debe bautizarlo, cambiar su nombre y educarlo en las reglas y modos de la sociedad inglesa, no parándose a pensar que tal vez el nativo tenga unos conocimientos del medio que hayan llevado a su pueblo a conclusiones culturales seguramente útiles y adecuadas.

Este repulsivo y desgraciado personaje, tan popular entre nosotros, era parodiado festivamente en el texto mencionado; ahora, me encontraba con su contrafigura: el naufrago que es arrojado a las costas de un país que se tiene por superior, que no está dispuesto a dejarse enseñar, que ni siquiera está dispuesto a dejar entrar a cualquiera... es Viernes llegando a una isla poblada de Robinsones.

La aparición del personaje del Cadáver también es un recurso familiar en mis obras, donde a menudo, realidad y fantasía conviven en el mismo marco. Un somero conocimiento de las religiones animistas y las narraciones tradicionales africanas me daban pie a esa aparición del

difunto como figura serena que trata de aconsejar al superviviente, que no le escucha.

Todo era rico y sugestivo, el asunto despertaba en mí resonancias reconocibles, y la escritura de la obra fue rápida y fluida. De esa rapidez proceden, en realidad, sus defectos, sus caídas de ritmo, sus incongruencias dramáticas.

Sin embargo, me es más fácil hablar de la frustración actual que la lectura de la obra me produce que de los procesos de su creación: veo, por ejemplo, que hay un falso final; que por una cierta cobardía, rehuí lo que habría sido el desenlace propio: la muerte accidental de Ombasi a manos del Padre, muerte que les habría convertido en víctimas a los dos. En cambio, por ser incapaz de afrontar un suceso así en escena, apaño un falso final en el que se cuenta que Ombasi muere después, en un segundo intento de acceder a Europa. No será hasta mi siguiente obra, otra de naufragos (*Rey Negro*), cuando me atrevo a matar un personaje en escena... y aun así, en una primera versión ¡resucitaba!

Pero tal vez lo que más me duele al releer la obra es la excesiva caracterización de los personajes españoles como pertenecientes a una clase media-baja. No me cabe duda de que éste fue uno de los elementos decisivos en el relativo (muy relativo) éxito de la obra, así como uno de sus atractivos para su posterior paso al cine, que acentúa mucho más la filiación social de la familia. Sin embargo, observé que se producía un efecto perverso: el público de teatro, que naturalmente no se reconocía en esos personajes, aunque sí hacía un malicioso paralelismo con esa cuñada, esos parientes, esos conocidos más incultos, más brutos, se reía mucho y disfrutaba de la comedia... porque se sentía a salvo de la crítica. Naturalmente, ellos, nosotros, los que estamos en el teatro, no actuaríamos así. Con lo que el elemento fundamental de reflexión perdía gran parte de su eficacia. Hoy habría escrito la obra de forma más sutil, poniendo en el lugar de esa familia a un grupo familiar más culto, más presumiblemente progresista... y que sin embargo, estoy seguro de que al final habría reaccionado de forma parecida: sus coartadas culturales habrían sido otras, mayor su corrección política, pero idéntico su egoísmo y su cobardía... que son los de todos.

Todas estas cosas se perdieron durante la escritura. La facilidad a veces es una trampa: pasamos demasiado rápido y no nos fijamos en cosas que pueden ser esenciales. Por eso, para mí *La mirada* es, en parte, una obra frustrada, que tuvo buena fortuna y que me dio una serie de nada desdeñables satisfacciones.

Cabría hablar aquí del segundo viaje de la obra, el del cine. Pero el espacio no da. Lo propongo como tema para otro artículo: "Del Teatro al Cine". ■

# Los recuerdos de Ombasi

Escena de *La mirada del hombre oscuro*

*Entre sonido de músicas tribales africanas, oímos voces y sonidos que reconstruyen la odisea de Ombasi y su amigo.*

**VOCES EN VARIOS IDIOMAS:** (Se mezclan español, francés y árabe.) Quince mil por llegar a Tarifa... Vamos, esta noche... venga, negro, sube o te quedas aquí... (ruido de mar, olas, viento, truenos) ¡Sois demasiados... tirad todo lo que llevéis... lo que faltaba, la Guardia Civil... Calladitos, ¿eh?, que nos la jugamos todos... a ver, ése, que deje de llorar ya estamos casi... venga al agua... no, no podemos llegar a la orilla, hay vigilancia... ¡Nada de volver a Marruecos! En España muy bien. Europa. ¡Al agua he dicho! Ya casi estamos. Llegaréis nadando en un momento. ¡Al agua, que os vendrá muy bien un baño!

*(El ruido del agua aumenta, chapoteos, jadeos, la respiración agitada de quien está haciendo un esfuerzo superior a sus fuerzas.)*

*Ombasi jadea. Se despierta sobresaltado, con el espanto en los ojos.*

*Por encima de la duna aparece el niño. Asoma cauteloso. Luego habla mirando atrás.*

**EL NIÑO:** ¡Está aquí! ¡Está aquí!

**OMBASI:** Hola.

**EL PADRE:** ¿Qué?

**OMBASI:** Hola.

**EL PADRE:** (Voz) ¡Espera! No te acerques, que ya vamos tu madre y yo.

*Asoma por encima de la duna el padre. Ombasi le mira y le hace un gesto de bienvenida.*

**OMBASI:** Viva España.

**EL PADRE:** Viva España.

**EL NIÑO:** Siempre dice Viva España.

**EL PADRE:** Debe creer que significa hola.

**EL NIÑO:** Viva España.

*Sonríe Ombasi.*

*El padre desciende por el declive de la duna, hablándole entre dientes a su hijo, que baja tras él.*

**EL PADRE:** Bueno, ahora hay que intentar que no se enfade y ver si tiene la bujía. Si la tiene hay que quitársela sin que se dé cuenta y salir corriendo.

**EL NIÑO:** ¿Y cómo se la vamos a quitar?

**OMBASI:** ¿Dónde están tu mujer y tu hija?

**LA MUJER:** (Voz) ¿Qué pasa? ¿Qué hacéis? ¿La tiene?

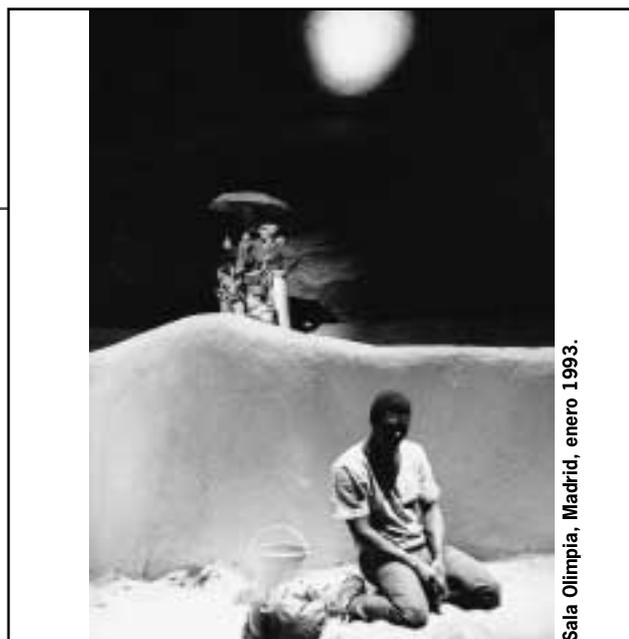
**EL PADRE:** (Grita) No lo sé.

**OMBASI:** Debes dejarla acercarse. Tendrá frío.

**EL PADRE:** ¿Dónde estará el muerto?

**LA NIÑA:** (Voz) Tengo frío.

**OMBASI:** A lo mejor tu hija tiene frío. Que se caliente en el fuego.



Sala Olimpia, Madrid, enero 1993.

**EL PADRE:** (Grita) ¡Quedaos allí! Puede haber problemas si le tenemos que quitar la bujía.

**LA MADRE:** (Asomando) ¡Pero es que la niña se está helando!

**EL PADRE:** (Grita) ¡Que os quedéis allí!

**OMBASI:** Gritas demasiado a tu mujer. Si no la tratas bien, no querrá acostarse contigo y a la fuerza no es igual.

*El chico se arrima al fuego.*

**EL PADRE:** ¿Tú qué haces? ¡Ven aquí!

**EL NIÑO:** Déjame un rato. Tengo frío.

**LA NIÑA:** (Voz) ¡Tengo frío!

**LA MADRE:** Antonio, esta niña se va a acatararr. Déjala acercarse al fuego por lo menos. Está medio dormida, además.

**LA NIÑA:** (Asomando) ¡Tengo frío!

*Empieza la madre a descender.*

**LA MADRE:** (A la niña) Anda, mi amor, ven...

**EL PADRE:** Pero ¿estás loca?

**LA MADRE:** ¡Mira, Antonio, no me toques más las narices! ¡La niña va a coger una pulmonía y este negro tiene aquí un fuego que no sé ni cómo lo ha hecho, bueno sí, claro que lo sé, lo ha hecho con tu dichoso mechero, porque me está pareciendo que este negro es más listo que tú, que lo único que has hecho ha sido tirar la bujía, así que eres tú mucho más caribe que él, fíjate lo que te digo!

**OMBASI:** (Al padre) Tu mujer te grita mucho delante de tus hijos. Deberías darle con un palo.

**LA NIÑA:** (Grita) ¡Mamá!

**LA MADRE:** Anda, ven, corazón.

*La niña niega con la cabeza.*

**LA NIÑA:** Me da miedo ése.

**LA MADRE:** No tengas miedo. No te hace nada.

**LA NIÑA:** No puedo con el cubo.

**EL PADRE:** (Al niño) Ayuda a tu hermana con el cubo.

**EL NIÑO:** (Que había cogido una buena posición junto al fuego) ¡Jo! ¿Por qué yo? Tengo frío.

**EL PADRE:** *(Frenético la emprende a golpes con el niño)* ¡Que ayudes a tu hermana, leche, ¿no me has oído?! ¡Y no me desobedezcas, que te, que te...!

*El niño grita y sube por la ladera, sollozando. Al pasar junto a su madre, ésta le acaricia con la mano mientras mira a su marido con reproche.*

*Desaparece el niño duna abajo.*

**OMBASI:** Si tratas mal a tu hijo, dejará que te mueras de hambre cuando seas viejo.

**EL PADRE:** *(A Ombasi)* ¿Qué hablas tú? Vamos a ver. ¡Bujía! ¿Tienes la bujía de mi coche?

*Ombasi le mira sin comprender.*

**LA MADRE:** *(A la niña)* Anda, cariño, baja con papá y ponte cerca del fuego.

**LA NIÑA:** Me da miedo.

**LA MADRE:** No pasa nada, está papá. Este señor no te va a hacer nada.

**OMBASI:** *(Sonríe a la niña)* Hola. Viva España.

**LA NIÑA:** *(Se arrima más a su madre)* Tiene unos dientes muy grandes.

**LA MADRE:** Porque viene de la selva y allí está lleno de fieras.

**EL PADRE:** ¿Qué tonterías dices a la niña? *(A la niña)* Venga, hija, baja, que vas a coger frío.

**LA MADRE:** Deberíamos habernos ido al coche.

**EL PADRE:** ¿Y qué hacemos en el coche? Morirnos de frío.

**LA MADRE:** Tiene calefacción, ¿no?

**EL PADRE:** Y nos quedamos sin batería.

**OMBASI:** ¿Por qué no le dices a tu familia que se acerque al fuego?

**LA MADRE:** Anda, Jessy, baja, cariño.

*La niña niega con la cabeza.*

**EL PADRE:** ¿Qué le pasa a esa niña ahora?

**LA MADRE:** Vamos, no seas tonta, Jessy.

**LA NIÑA:** Tú conmigo.

**LA MADRE:** Bueno, a ver si sube tu hermano y bajamos los tres. ¡ván!

**EL NIÑO:** *(Voz)* ¡Ya voy! ¡Es que se me ha caído el cubo!

**LA MADRE:** ¿Qué te se ha caído? Pero bueno, ¡este niño es tonto! ¡Ha tirado todas las coquinas!

**EL PADRE:** ¿Las coquinas?

**OMBASI:** Deberías decirle a tu familia que baje. *(Hace gestos a la madre y a la niña)* ¡Venid al calor! ¡Hace frío!

**LA MADRE:** *(Al niño)* ¡Termina de recoger las coquinas, que te voy a matar!

**EL NIÑO:** Es que el cubo pesaba mucho.

**LA MADRE:** Pesaba mucho... ya verás tu padre.

**EL PADRE:** Bueno, venga, que baje la niña. A ver si éste tiene la bujía y nos podemos ir. ¡La bujía! Un cosa así... Pequeña...

**LA MADRE:** *(A la niña)* Venga, baja, no te quedes ahí parada.

**LA NIÑA:** No. Tú primero. Tengo miedo.

**EL PADRE:** ¡Callaos, que así no hay quien se entienda! *Estornuda la niña.*

**OMBASI:** Tu niña va a coger frío

**LA MADRE:** No, si ahora se va a acatarrar. ¡Baja ya, demonio! *(Niega la niña con la cabeza obstinada)* ¡Pues como cojas una pulmonía, te vas a enterar!

**EL PADRE:** *(A Ombasi)* Mira, si tienes la bujía, dámela y yo te doy otra cosa que te guste. A ti no te vale para nada. Te doy dinero por ella.

**LA MADRE:** ¿Por qué le vas a dar dinero, si es tuya?

**EL PADRE:** Calla, coño. Éste no la tiene. ¡Una cosa mía caído del bolsillo!

*Ombasi le muestra el mechero y se lo tiende.*

**OMBASI:** Toma. Te puede hacer falta.

**EL PADRE:** No, no es eso.

**LA MADRE:** ¿Y qué? Tú cógelo. Es tuyo, ¿no?

*El padre coge el mechero que le tiende Ombasi.*

*Asoma el niño, con el cubo.*

**EL NIÑO:** ¡Ayúdame, que no puedo con el cubo!

**LA MADRE:** *(Mira el interior del cubo)* ¿Éstas son todas las coquinas que quedan? *(Dando pescozones al chico)* ¿Éstas son todas las coquinas que quedan?!

**EL NIÑO:** *(Revolviéndose)* ¡Haber bajado tú!

**EL PADRE:** ¿A tu madre? ¿Así vas a contestar a tu madre? *Furibundo, inicia una torpe subida por la ladera de la duna para llegar a su hijo, pero se cae a media ascensión y vuelve a descender, deslizándose, faltando muy poco para caer al fuego, empujando además a Ombasi, que está a punto de quemarse y cae sobre el cadáver cubierto de arena. Ombasi se levanta y grita.*

**EL PADRE:** *(Al niño)* ¡Me cago en la leche! ¡Te voy a despellejar!

**OMBASI:** *(Enfadado, al padre)* ¡Ya está bien, ¿no?! ¿Quieres dejar de gritar? ¡Casi me tiras al fuego!

*Toda la familia se asusta.*

**LA MADRE:** Se ha enfadado.

**LA NIÑA:** ¡Vámonos a casa! No quiero estar aquí.

**EL PADRE:** *(Que está en el suelo a los pies de Ombasi, asustado por su expresión de enfado)* Bueno, bueno, tranquilo, ya nos vamos. Tranquilo.

**OMBASI:** Dile a tu familia que baje de una vez, no seas así de egoísta, déjales que se calienten ellos también.

**EL PADRE:** Vale, vale, ya nos vamos. *(A su familia)* En cuanto encontremos a la Guardia Civil se va a enterar el cabrón este. Vámonos antes de que sea peor.

*Ombasi tiende sus brazos hacia arriba y le habla a la niña.*

**OMBASI:** Venga, pequeña, baja. Yo te cojo. No hagas caso de tu padre. Está loco.

*El padre empieza a trepar por la duna.*

**EL PADRE:** Vámonos. Pero éste se va a enterar. Cualquiera sabe lo que está haciendo aquí. Se le va a caer el pelo.